

Los Aristogatos

Los Clásicos

Disney



Gaviota

Disney

Los Aristogatos



EDICIONES
Gaviota

A principios del siglo xx vivía en París una encantadora y aristocrática dama que se llamaba Adelaida Bonfamille. Era tan generosa como elegante, y lo que más amaba en el mundo eran sus gatos. Los llevaba a todas partes en su carruaje tirado por la yegua Frú-Frú. Conducidos por Edgard, el mayordomo, Adelaida Bonfamille y sus amigos felinos daban largos y agradables paseos por las calles de la ciudad.





Duquesa, la gata blanca de Angora de Adelaida Bonfamille, tenía tres gatitos, Berlioz, Marie y Toulouse. Edgard no podía soportar que la señora Bonfamille tratara a los gatos como si fueran sus hijos. Para Edgard sólo eran mascotas y pensaba que tenían demasiada libertad. Quería que Adelaida Bonfamille le prestara más atención a él que a los gatos. Edgard estaba convencido de que era un excelente mayordomo y que merecía un mayor reconocimiento.

Cierto día, un renqueante automóvil se dirigió a la mansión de Adelaida Bonfamille. Hacía un ruido muy extraño aquel carruaje sin caballo al que llamaban coche. Se trataba de un invento bastante reciente.

Su conductor era George Ducort, abogado de la señora Bonfamille. Hombre activo y emprendedor, iba cantando una canción, «La, la, la, BUM, la, la», mientras se acercaba. Tenía un aspecto tan alegre y juvenil que no parecía un anciano.



En el piso de arriba, en su tocador, Adelaida Bonfamille estaba acicalándose ante el espejo y tarareando el aria de una ópera que había cantado muchos años antes. Mientras los gatitos jugaban, Duquesa miraba a su ama con admiración.
—¿No es maravilloso, Duquesa? George viene a visitarme.
¡Me siento tan lozana como un narciso en primavera!





George Ducort entró en la casa.

—George, mi querido amigo

—dijo Adelaida Bonfamme—.

Qué maravillosa sorpresa.

—Es un honor y un placer, querida —replicó George, sin poder evitar dejarse llevar por la danza y la música del gramófono—.

¡Carmen! —exclamó—.

¡Tu mejor papel!

Los dos amigos recordaron la gloriosa carrera de Adelaida Bonfamme como cantante de ópera.



—Y ahora en serio, George: tengo un importante asunto legal que tratar contigo. Me gustaría hacer testamento. Edgard, que estaba escuchando desde su habitación sin que le vieran, prestó una especial atención. Estaba seguro de que heredaría grandes sumas de dinero de la señora Bonfamine, para ser exactos. Después de años y años cuidando de aquellos gatos, estaba seguro de que merecía al fin ser recompensado. Como Adelaida Bonfamine no tenía herederos, Edgard estaba convencido de que le dejaría a él toda su fortuna. ¡Era lo menos que podía hacer!



—Así pues, mi querido George —continuó diciendo Adelaida Bonfamille—, he decidido dejar todo, mi dinero y mis posesiones, incluida esta casa... a mis gatos.
—¡Noooooo! —gritó Edgard fuera de sí—. ¡Es imposible!
No podía creer lo que acababa de oír. Seguramente la señora estaba bromeando. Pero le había oído decir «...a mis gatos». No era justo. Entonces Edgard se puso a maquinarse un plan terrible y cruel. ¡Los gatos tenían que marcharse!





Abajo, en la cocina, Edgard se puso a hacer una crema en una cazuela. Le echó migas de pan y miel y lo mezcló todo hasta formar una papilla. Como toque final, le añadió pastillas para dormir. Cuando acabó la mezcla, pensó: «los gatos la tomarán y se quedarán dormidos. Luego los llevaré lejos, muy lejos, tan lejos que nunca podrán regresar. Entonces la señora no tendrá elección y me dejará a mí toda su fortuna».

En el piso de arriba, Duquesa admiraba y escuchaba las actividades artísticas de sus gatitos.

—Ahora tienes que practicar las escalas y los acordes, Berlioz —dijo—. Y tú, Marie, canta, por favor. Hay que trabajar mucho para hacerlo cada vez mejor.

Mientras Berlioz y Marie ensayaban sus ejercicios musicales,

Toulouse continuaba practicando su arte favorito: la pintura.

Pronto su cuadro se llenó de manchas de pintura rojas y verdes.





Cuando Edgard apareció con los platos llenos de papilla, los gatitos olvidaron sus ejercicios y se acercaron a él.
—La hora de la cena —dijo el mayordomo dulcemente—. Os he hecho vuestro plato favorito.
Tenía tan buena pinta la papilla que ni Roquefort, el ratón de la casa, pudo resistir la tentación. Llegó corriendo desde su agujero transportando una galleta para mojarla en ella.
—Que durmáis bien... quiero decir, que comáis bien
—murmuró el mayordomo retirándose a esperar los efectos.



Los cuatro gatos comían con avidez la «cena especial» que Edgard les había preparado.

—Acompáñanos, Roquefort —dijo Duquesa amablemente—. Hay bastante para todos.

—Bueno, si no os importa... —respondió Roquefort masticando la galleta—. Está muy bueno. ¿Qué es?

—Se llama crema a la Edgard —le informó Berlioz.



Más tarde, Duquesa y los gatitos empezaron a sentir un profundo sueño. Apenas podían mantener los ojos abiertos. Pronto estuvieron tan dormidos que no se dieron cuenta de que Edgard los cogía y los iba metiendo de uno en uno en una cesta.

—Felices sueños, gatitos —dijo riendo.



Edgard puso la cesta en el sidecar de su motocicleta y condujo a través de las desiertas calles de París hasta que llegó a las afueras de la ciudad. Estaba muy oscuro, pero Edgard no tenía miedo. Sólo pensaba en una cosa: la fortuna de la señora Bonfamme.





De repente, de la oscuridad surgieron dos figuras que se dirigieron corriendo hacia él. Edgard se había olvidado de Napoleón y Lafayette, dos perros que vivían en una granja de la zona y a los que encantaba perseguir a los conductores. Ladrando como locos y agitando ferozmente las orejas, se pusieron delante de la motocicleta.

—¡Oh, cielos! —gritó el mayordomo, y se desvió bruscamente de la carretera.





La motocicleta giró violentamente. Edgard cada vez tenía más miedo mientras Napoleón y Lafayette se lanzaban ferozmente en su persecución, sin poder detenerse. —¡Socooooorro! —gritó Edgard, cuando perdió el control de la motocicleta. Luego, bajó por la ladera de una colina, pim, pam, pum, y... ¡cayó al río!

Cruzaron el río y, por debajo del puente, se pusieron a dar vueltas y vueltas. Al final no estaba claro quién perseguía a quién. Los perros ladraban y gruñían, pataleaban y gritaban, pero Edgard no estaba dispuesto a rendirse. La noche se llenó del ruido del motor y los aullidos de los perros. Y nadie pareció darse cuenta de que la cesta estaba en la orilla del río.



Por fin Edgard, al verse libre de su carga, consiguió escapar, desaparecer en la noche y buscar desesperadamente la carretera de regreso a París, encantado del giro que había dado su vida. Napoleón y Lafayette se quedaron sentados, movieron la cabeza y echaron un vistazo a los alrededores. Estaban aturdidos, pero contentos de haber expulsado a aquel intruso de su territorio.



No lejos de allí, Duquesa se despertó, y después Berlioz, Marie y Toulouse. Afortunadamente, la papilla de Edgard les había librado del reciente jaleo. Pero ahora estaban muy asustados. La lluvia comenzó a caer con fuerza y los truenos retumbaban en todas direcciones.
—Pobre señora, se preocupará muchísimo cuando descubra que no estamos —pensó Duquesa.



En ese mismo instante, Adelaida Bonfamide se despertó con el ruido de la tormenta. Había tenido una horrible pesadilla. A oscuras, se dirigió a la cama de los gatos. Descorrió las cortinas y gritó:
—¡Duquesa!, ¡gatitos! ¡Se han ido! Sus terribles gritos retumbaron en la mansión casi vacía. Afortunadamente, el ratón Roquefort la oyó.



La mañana siguiente amaneció brillante y clara, como casi todas las mañanas que siguen a una noche de tormenta. Duquesa se estaba preguntando qué iba a ser de ella y sus gatitos, cuando un gato se cruzó en su camino. Tenía un aspecto desaliñado y entonaba una canción que hablaba de carreteras abiertas.



—Buenos días, señora —dijo a Duquesa—. Me llamo Tomás O'Malley y me dedico a salvar damas en apuros.
—La verdad es que tengo un problema muy serio —le explicó Duquesa—. Debo volver a París. ¿Puedes enseñarme el camino? Los gatitos nunca habían visto un gato como O'Malley. Estaba claro que no era un aristogato. Sin embargo, Duquesa supo que podía confiar en él.



—Una alfombra mágica para ir a París, ¡marchando!

—dijo O'Malley.

Y antes de que pudieran averiguar qué quería decir, un camión de leche llegó dando tumbos y arrastrándose por la carretera.

Se paró a su lado. Mientras el conductor intentaba poner de nuevo el motor en marcha, O'Malley subió sigilosamente a los gatos a la parte trasera del camión.

—¡En marcha hacia París! —dijo.

—¿Cómo puedo agradecerérselo, señor O'Malley?

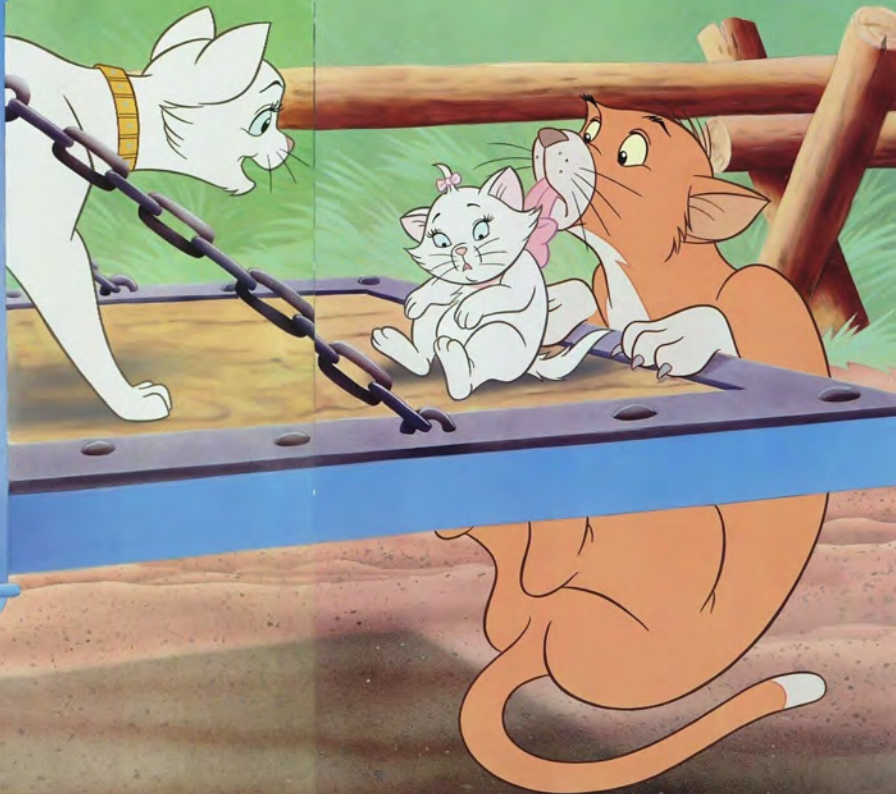
—dijo Duquesa. Pero el camión arrancó antes de que él pudiera responder.




Cuando el camión empezó a tomar velocidad, chocó con unas piedras que había en la carretera. Marie cayó de la parte trasera desde donde había dicho adiós a O'Malley. Los gatitos, tumbados en el polvoriento suelo del camión, igual que Duquesa, vieron horrorizados cómo el vehículo seguía avanzando a toda velocidad.



O'Malley, que vio lo sucedido, agarró el lazo de Marie con los dientes y corrió a toda velocidad hacia el camión. Hizo un terrible esfuerzo para devolver a Marie sana y salva a su madre antes de que fuera tarde. —Como ves, me voy a París contigo, señora —dijo mientras recobraba el aliento—. Si me dejas, te enseñaré otra clase de vida.





En París, Adelaida Bonfamme estaba preocupada y triste. No podía comer ni dormir... Parecía que había perdido a sus hijos. Y en cierto modo, así era. Para Adelaida eran como seres humanos. Trataba a sus gatos como a auténticos tesoros y los quería como si fueran miembros de su familia. Empezó a pensar que nunca los volvería a ver y sintió una profunda tristeza.

Edgard, en cambio, estaba muy contento. Lleno de orgullo, enseñó a Frú-Frú y a Roquefort el titular de la página central del periódico: «Misterioso secuestrador captura a una familia de gatos».

—¡Lo hice yo! —gritó, relamiéndose de gusto—. ¡Llevé a esos gatos lejos de aquí! ¡El dinero de la señora será todo mío! Frú-Frú y Roquefort empezaron a entender lo que había pasado.



Mientras Duquesa y los gatos se dirigían a París en la parte trasera del camión, disfrutaron de un magnífico desayuno de leche fresca. Estaban tan contentos que no se dieron cuenta de que el camión se detenía.

—¡Dios mío! —gritó furioso el conductor cuando vio a los gatos—, ¡Fuera de mi camión!

Duquesa y los gatos lo abandonaron corriendo, con O'Malley pisándoles los talones.



—¡Adiós, alfombra mágica! ¡Carretera abierta, aquí estamos!
—dijo O'Malley alegremente. Los cinco gatos se pusieron
en marcha. Marie, Berlioz y Toulouse iban abriendo camino.
—¡Qué aventura! —exclamó Marie mientras cruzaban
con mucho cuidado una insegura y vieja vía situada
entre las dos orillas del río.
De pronto, el sonido del tren empezó a oírse cada vez más fuerte.
Lo siguiente que vieron los gatos fue una locomotora...
¡que venía directamente hacia ellos!





—¡Rápido! ¡Agachaos! —gritó O'Malley—. Se acurrucaron entre los raíles mientras el tren pasaba por encima de sus cabezas haciendo un ruido terrible que parecía no tener fin. Era como si la tierra se hubiera puesto a temblar. Cuando el tren pasó, levantaron tímidamente la cabeza y miraron a su alrededor... justo a tiempo de ver cómo Marie caía al vacío.

—¡Mamá, ayúdame! —gritó mientras caía al agua.

Marie fue arrastrada por la fuerte corriente.
Intentó desesperadamente mantenerse a flote, pero el río
se la llevaba tan deprisa y el agua estaba tan fría...
—¡Socorro, socorro! —gritó, asustada.
Otra vez O'Malley se lanzó a salvarla.
—Agárrate, Marie —dijo el valiente gato callejero nadando
hacia ella.





Duquesa fue corriendo por la orilla del río y se encaramó a la rama de un árbol que colgaba sobre el agua.

—¡Aquí, señor O'Malley! —dijo, mientras el gato nadaba hacia ella.

Mientras Duquesa intentaba alcanzarla con una pata,

O'Malley aupó a Marie hasta que su madre pudo cogerla.

Entonces O'Malley fue arrastrado por la corriente. Sujetándose a una rama, recordó de repente que... ¡los gatos no saben nadar!

Afortunadamente para O'Malley, dos ocas pasaron por allí justo cuando estaba a punto de ahogarse en el río.

—Mira, Amelia Locuaz —dijo una—, ¡un gato nadando!

—Es un gato, Abigail Locuaz —replicó la otra—, pero... ¡no está nadando!

La oca tonta se echó a reír mientras oyeron cómo llamaban al gato desde la orilla.

—Mamá, mira —susurró Berlioz—, esas ocas nadan con aletas de goma.



El viaje continuó tranquilamente hasta que llegó la noche.
Al llegar a París, no podían dar un paso más.
—Duquesa, estos gatos están demasiado cansados para seguir
caminando —dijo O'Malley mientras avanzaban
por los tejados—. ¿Queréis pasar la noche en mi casa?
—No queremos abusar, señor O'Malley. Ya ha hecho demasiado
por nosotros —replicó Duquesa.
—Oh, insisto. No es una casa de lujo, sino una tranquila
guardia de soltero. ¡Aquí es!





O'Malley y los Aristogatos se asomaron a una casa cuya luz se reflejaba en el cielo. Se quedaron mudos de asombro: era un apartamento en el tejado lleno de gatos callejeros que entonaban una alegre y divertida canción.
—Es la música más desagradable que he escuchado en mi vida —gruñó Berlioz. Sin apartar la vista del gato que tocaba el piano, pensó con qué fuerza interpretaba la música. Pero es que aquel gato... ¡estaba tocando música de baile!
De pronto, Duquesa y los gatos ya no estaban tan cansados como antes.

—Duquesa —dijo O'Malley—, déjame presentarte a Gato Jazz,
el gato más tranquilo de la ciudad.
—Encantada de conocerle —ronroneó Duquesa.
—Eh, O'Malley, ¿de dónde has sacado a tu elegante amiga?
—preguntó Gato Jazz.
—Ya me conoces, Jazz. No puedo permitir que una dama esté
en apuros. ¿Qué habrías hecho tú si la hubieras visto
con sus gatitos en una situación difícil?



Entonces, la banda de jazz se puso a tocar un auténtico repertorio de canciones. Mientras los gatos seguían el ritmo con las patas y tocaban palmas, Duquesa y O'Malley se dejaron llevar por la música y convirtieron el apartamento en una gran pista de baile.



—¡Qué música tan extraordinaria! —exclamó Duquesa—. No quiero que acabe nunca.
—Yo tampoco quiero dejar nunca de bailar —replicó O'Malley.





Los gatitos no habían disfrutado tanto en toda su vida. Estaban absolutamente absortos en la música. A Berlioz le gustaba el piano, pero Marie pensaba que era mejor el tambor. Parecía que la música se les metía en los pies y les hacía moverse. ¡No había nada como aquellas notas!

—Me encanta el ritmo del jazz —dijo Berlioz.

—A mí también —añadió Marie.





La música de jazz sonaba cada vez mejor y más alta. La fiesta estaba animadísima. Como los Aristogatos parecían entusiasmados, los músicos querían expresar para ellos todo lo que llevaban dentro. Tocaban tan alto y tan fuerte que empezaron a hundirse cada vez más, hasta que rompieron el suelo y aterrizaron en la calle. Sin embargo, ¡no pararon de tocar!





—¡Qué amigos tan maravillosos! —exclamó más tarde Duquesa, sentada en el tejado con O'Malley. Las estrellas parpadeaban y brillaban sobre la dormida ciudad. Los Aristogatos nunca habían visto París desde un lugar tan alto. Era muy romántico.

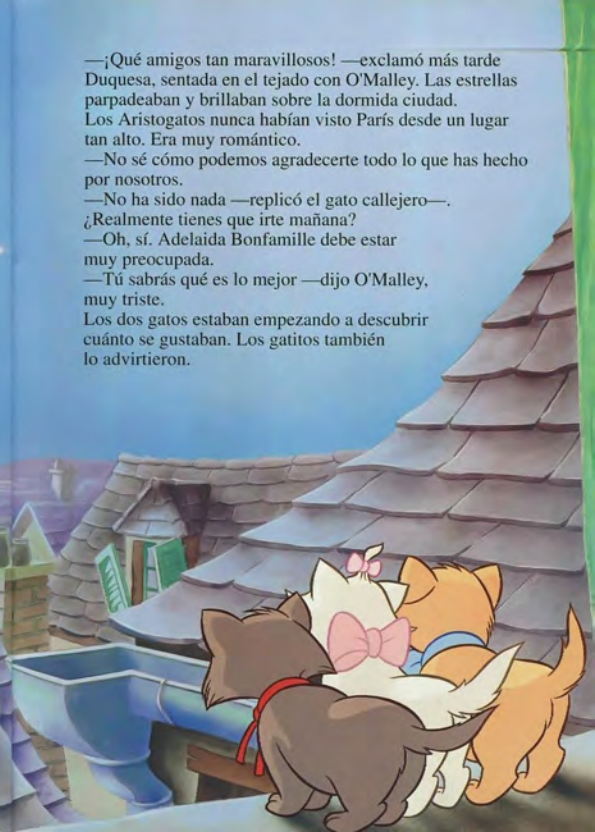
—No sé cómo podemos agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

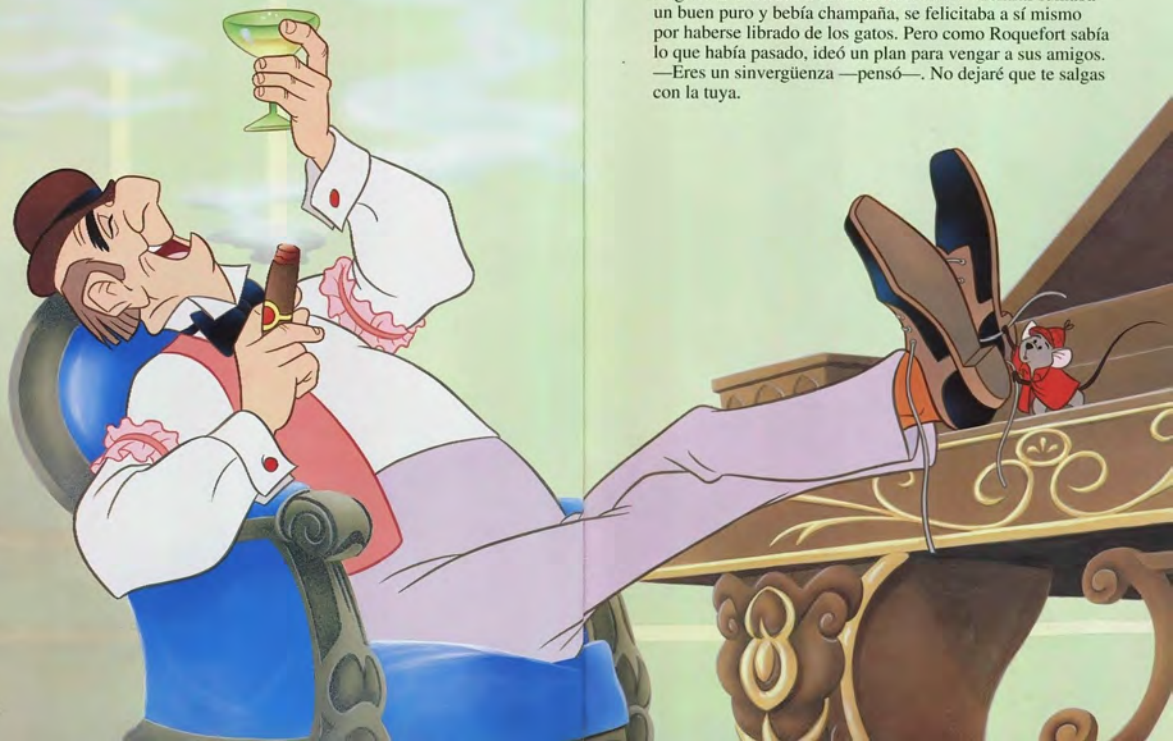
—No ha sido nada —replicó el gato callejero—. ¿Realmente tienes que irte mañana?

—Oh, sí. Adelaida Bonfamille debe estar muy preocupada.

—Tú sabrás qué es lo mejor —dijo O'Malley, muy triste.

Los dos gatos estaban empezando a descubrir cuánto se gustaban. Los gatitos también lo advirtieron.





Al día siguiente, en la mansión de la señora Bonfamme, Edgard se dedicaba a celebrar su triunfo. Mientras fumaba un buen puro y bebía champaña, se felicitaba a sí mismo por haberse librado de los gatos. Pero como Roquefort sabía lo que había pasado, ideó un plan para vengar a sus amigos. —Eres un sinvergüenza —pensó—. No dejaré que te salgas con la tuya.



Lo que nadie sabía era que los Aristogatos no estaban muy lejos. Los gatos echaron a correr en cuanto reconocieron la casa. —¡Qué bonita guarida! —dijo O'Malley con admiración—. Éste es mi hogar —suspiró Duquesa, feliz. —Si tienes que irte, vete ahora. Pero si me necesitas, silba. —Adiós, señor O'Malley, y gracias por todo —dijo Duquesa, subiendo las escaleras de la puerta principal.

Desgraciadamente para los gatos, Edgard estaba esperándoles para tenderles una emboscada. Roquefort agitó los brazos en un desesperado esfuerzo por avisarles, pero con la excitación, los gatos no le vieron.

Actuando con rapidez, el malvado mayordomo cogió una funda de almohada y metió en ella a los cuatro gatos. ¡Otra vez secuestrados! —¡Ja, ja! —rió el malvado Edgard—, ya os tengo. Esta vez no escaparéis.



—¡Edgard, Edgard! —le llamó la señora Bonfamme, y su voz sonó muy alegre—. ¡Han vuelto! Los he oído. Duquesa y los gatitos han vuelto a casa. Déjalos entrar. Edgard cogió la funda de almohada herméticamente cerrada, la escondió y esperó en silencio. Pronto, Adelaida Bonfamme se dio cuenta de su error.
—Debo estar haciéndome vieja —dijo llena de tristeza—. Los oídos empiezan a jugarme malas pasadas.



Rápidamente, Edgard metió a Duquesa y los gatitos en el horno mientras preparaba el plan B.

Roquefort se escondió y esperó el momento oportuno. En cuanto el malvado mayordomo abandonó la habitación, el ratón se dirigió al horno y acercó la boca al respiradero.

—¿Estás bien, Duquesa? —preguntó.

La voz de la gata sonó apagada.

—Corre a buscar al señor O'Malley, el gato que nos trajo a casa. ¡Él puede ayudarnos!

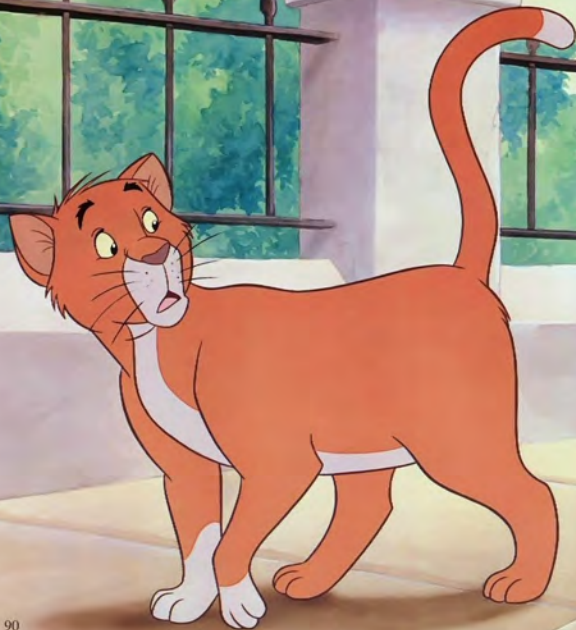


Roquefort salió de la casa y corrió tan rápido como sus patas se lo permitieron. Vio al gato callejero a lo lejos.

—¡Señor O'Malley! —gritó—. Duquesa y los gatitos tienen problemas. Necesitan su ayuda.

—¿Duquesa... los gatitos... problemas? Volvamos corriendo a la casa. Tú ve a buscar a Gato Jazz y a la pandilla.

Diles que te envía O'Malley.



Poco después, Roquefort se encontraba en una parte de la ciudad en la que no había estado nunca. También se encontró con las recelosas miradas de los felinos.

—Hum —ronroneó el gato siamés mirando al ratón con hambre y relamiéndose los bigotes—. Estaba pensando que es la hora del aperitivo.

—Espera —gritó Roquefort, cuando comprendió que le querían comer—. Me... envía... O'Malley.





Edgard, mientras tanto, había decidido encerrar a los gatos en un baúl y mandarlos a un lugar más lejano de lo que le permitía su motocicleta.

—Muy bien, queridos —murmuró—. Preparaos para un largo cruceo... ¡en primera clase, por supuesto! —y se echó a reír mientras pensaba que la fortuna de la señora sería sólo para él.

O'Malley, sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que les ocurriera algo a Duquesa y los gatitos.



En el establo, el miserable Edgard se puso a preparar el «paquete». Metió los gatos en un baúl, bajó la tapa, que produjo un ruido sordo, y la cerró con un pesado candado. En la tarjeta de la dirección escribió «Tombuctú».

—Adiós, gatitos —canturreó. Lo que no sabía era que O'Malley le estaba vigilando desde arriba, esperando el momento oportuno... para caer en la espalda de Edgard y clavarle las garras.

—¡Ayyy! —gritó el mayordomo.



Se produjo una terrible lucha. Edgard no se daba por vencido. Agarró una horca y atacó a O'Malley. El gato se volvió y de pronto se vio atrapado en una esquina.
—¡Maldito gato! —gritó Edgard—. Apártate de mi camino. Luego acorraló a O'Malley contra la pared. En ese momento parecía un gato a punto de perder... ¡una de sus siete vidas!

Pero entonces Gato Jazz entró en acción. Gruñendo y arañando, se lanzó contra Edgard mientras Roquefort corría a ayudar a O'Malley.
—¡El baúl! —gritó el gato—. ¡Duquesa y los gatitos están en el baúl!





Roquefort reaccionó rápidamente y aplicó toda su habilidad detectivesca para abrir la cerradura del baúl. Mientras el ratón trabajaba, Gato Jazz y la banda mantuvieron al mayordomo ocupado, mordiéndole, arañándole y despeinándole. El malvado Edgard no podía defenderse de los gatos.

—¡Ya tengo la combinación! —gritó triunfalmente Roquefort.



¡Qué maravilla! La cerradura saltó. Sin perder tiempo, O'Malley abrió la tapa del baúl. En el interior vio la bellísima cara de Duquesa mirándole con gratitud.
—¡Duquesa, gatitos, rápido! ¡Corred!
Los gatitos estaban contentísimos de estar libres. ¡Dentro del baúl estaba muy oscuro y casi no se podía respirar!





Finalmente, fue Frú-Frú quien regresó para vengarse de Edgard. Después de que Duquesa y los gatitos se marcharon, la yegua se dio la vuelta, apuntó, y de una coz mandó al mayordomo a través del establo... ¡hasta el interior del baúl! O'Malley estaba preparado. Cerró la tapa y se echó a reír, lleno de satisfacción.

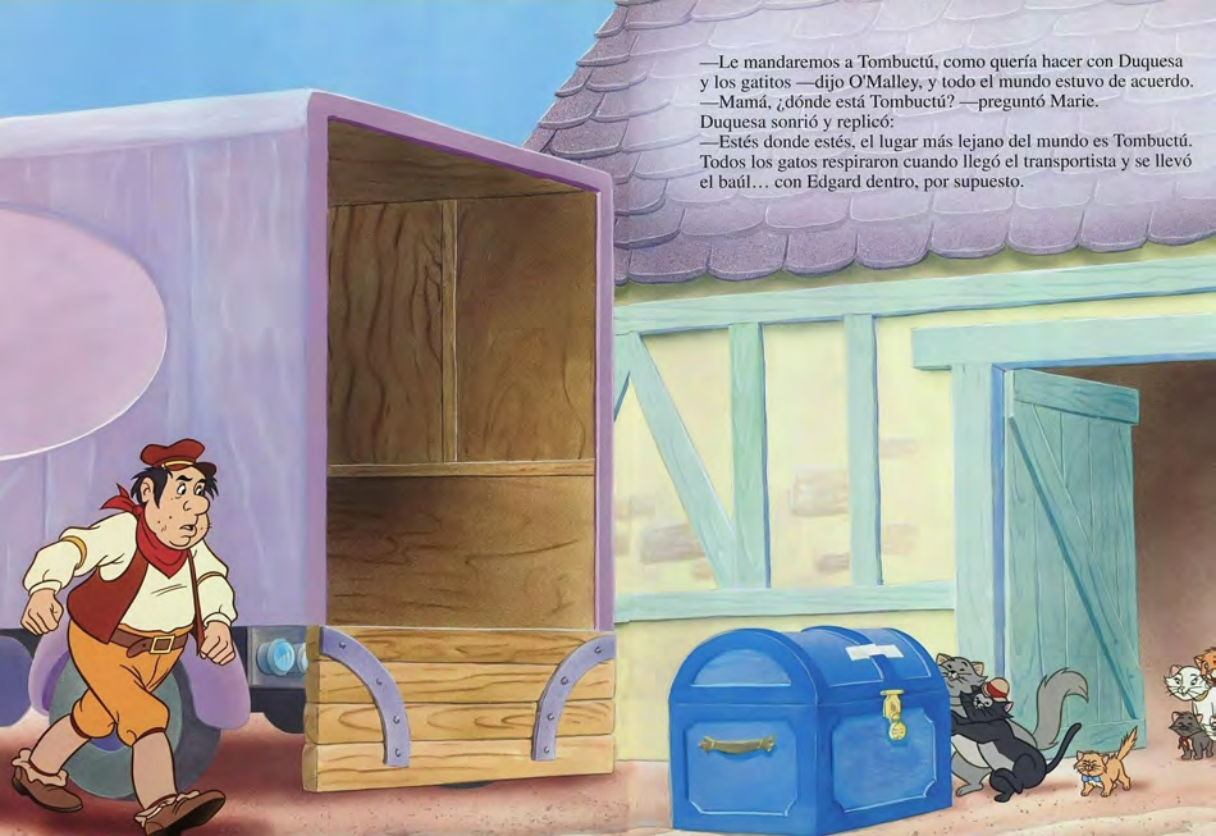


—Le mandaremos a Tombuctú, como quería hacer con Duquesa y los gatitos —dijo O'Malley, y todo el mundo estuvo de acuerdo.

—Mamá, ¿dónde está Tombuctú? —preguntó Marie.

Duquesa sonrió y replicó:

—Estés donde estés, el lugar más lejano del mundo es Tombuctú. Todos los gatos respiraron cuando llegó el transportista y se llevó el baúl... con Edgard dentro, por supuesto.





Adelaida Bonfamide estaba encantada de haber recuperado a sus amados gatos sanos y salvos. Y cuando vio lo que Duquesa y los gatitos sentían por O'Malley, le pidió que se quedara a formar parte de la familia. O'Malley lo consideró un gran honor. —¡Esto hay que celebrarlo! —declaró el aristocrático gato callejero.



¡Y se celebró la fiesta! Duquesa y O'Malley se pusieron a bailar mientras su familia y sus amigos tocaban y cantaban una alegre música de jazz.

© Disney
CSRVAR197-16
1998 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-0016-1
Depósito legal: L.E. 616-1998
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.



Los Clásicos Disney

EDICIONES
Gaviota

Todos los títulos de la colección **Los Clásicos Disney** ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

Mulán
Hércules
El jorobado de Notre Dame
Pocahontas
Goofy e hijo
El regreso de Yafar
El Rey León
La Sirenita
La Dama y el Vagabundo
Aladdín
Bambi
101 Dálmatas
Dumbo
La Bella durmiente
La Cenicienta
Los Aristogatos
Los Rescatadores
Oliver y su pandilla
Peter Pan
Tod y Toby

ISBN 84-392-0016-1



9 788439 200161